



Por Rolando Sarmiento Ricart

¿Cuándo se nos va a poner la cara roja?

El déficit de más de 37 000 toneladas del plan anual de azúcar de la provincia en la actual zafra, lejos de acortarse con la comprometida, publicada y esperada reacción de los agroazucareros, crece por ineficiencias en los cortes y tiro de la caña e inestable funcionamiento de los ingenios en producción, donde abundan las indisciplinas laborales y tecnológicas.

El 1ro. de marzo, mes histórico más azucarero del calendario zafreño, amaneció cual un cálido día de agosto adelantado y, sin embargo, en las áreas cañeras de los centrales Siboney y Carlos Manuel de Céspedes que mejor molían en las últimas jornadas, se "cerraron" los basculadores por falta de materia prima.

¿Causas? Disímiles: en el pelotón La Matilde, vinculado al "Siboney", en Sibanicú, a solo ocho kilómetros del ingenio, sus integrantes llegaron al campo con las cosechadoras KTP rotas la tarde y noche anterior y el sol le quemaba las espaldas a ese colectivo en la guardarraya, mientras esperaban al ruterero (camión con las posibles piezas) para echarlas a andar.

Rolando Sánchez Sánchez, jefe del pelotón y mecánico de ese tipo de máquinas, se lamentó de que era la primera vez que amanecían todas las combinadas averiadas, y ante la evidencia inobjetable de que en lo que va de zafra solo cumplen la tarea diaria al 51 %, salpicaron la culpa a los camioneros de Trazmec y similar fue la reacción de los que deben garantizar el tiro de la caña.

Un poco más adentro de las diezmadas plantaciones en cosecha de Sibanicú, la fuerza mecanizada del pelotón de Fomento cortaba con una combinada menos por falta de una correa que venía en camino sobre el dichoso camión ruterero, y como tantas veces este periódico publicó que en los preparativos de la zafra agrícola e industrial "como nunca" había recursos suficientes para certificar arreglos de calidad, pregunté *in situ* a Hemeregildo Cejas García, responsable de los productores del municipio, por qué ese simple aseguramiento no estaba en el pelotón, y me contestó que dicho suministro y otros accesorios eran centralizados hasta nivel provincial por su escasez. ¡Qué superficial fui entonces cuando me hice eco de ese "como nunca" antes de los recursos y de las inversiones y reparaciones de las fábricas de azúcar y parque agrícola que, hasta que no se demuestre lo contrario, tienen embarcada la cuarta zafra al hilo en

Camagüey con un clima "como nunca" antes, de maravillas!

Lo real y nada maravilloso es que a muy pocos responsables se les pone la cara roja cuando se comienzan tarde los cortes en la mañana, se sale de los tajos sin completar las toneladas planificadas ni se cosecha de noche por la ausencia de exigencia administrativa y trabajo sindical allá abajo, donde arroz, chícharo y mortadella, sin ni siquiera una viandita, ni ensalada ni postre, ni café, merienda y cena, puede ser alimentación para sudar la camisa.

Tampoco puede seguir permitiéndose que algunos camioneros se sientan indiferentes al pelotón, jueguen al gato y al ratón con la productividad de las cosechadoras y, al final, el mal estado de los viales cargue todas las justificaciones del gasto de combustible sin respaldo productivo, las roturas imprevistas y los escasos viajes al basculador o los acopios que paran los ingenios, donde la atención integral a los obreros sí es evidente y muy distantes los resultados productivos esperados, salvo el estable "Siboney" y el repunte del "Céspedes", maniatado por la tardía respuesta del turbogenerador de AzCuba.

El pasado miércoles, hasta en el más recóndito paraje de la zafra en Camagüey se sabía que los principales jefes de AzCuba iban a amanecer en los cañaverales y centrales, con refuerzos de apoyo

de dirigentes gubernamentales y cuadros del Partido, encabezados por el miembro del Comité Central y primer secretario en Camagüey, Jorge Luis Tapia Fonseca, y pese a que se sabía en todos los confines zafreños, la práctica de fiscalización corroboró una vez más que un día no basta para eliminar rutinas de chapucerías e indisciplinas, algunas con marcada desfachatez; sin embargo, el resumen de la jornada reveló que para enseñar, controlar y exigir hay que predicar con el buen ejemplo en el tajo, los itinerarios del tiro de la caña y dentro de las industrias, porque las justificaciones y las engañosas no producen azúcar.

La provincia, hasta el miércoles último, solo había producido poco más de 86 000 toneladas del crudo, pero dispone de caña quedada (de más de 12 meses) y áreas de demolición para mover molinos hasta mediados del actual marzo, más retoños y nuevas plantaciones para moler hasta que la lluvia lo permita... Y aunque el cumplimiento del plan en fecha —207 000 toneladas de azúcar— se esfumó con el acelerado aumento del déficit, la posible reacción de alcanzar molidas altas con el aseguramiento del abasto cañero, pueden paliar el peor desempeño de los agroazucareros camagüeyanos con un sprint productivo final de calidad que se parezca un poco a una "victoria" menos pírrica.



Por Orlando Seguí Aguilar

Las cosas de las colas

Diariamente hacemos colas en bancos, tiendas, panaderías y otros lugares. Incluso en aquellos donde no está pensada una fila, llegamos y armamos la nuestra para organizar el asunto.

La palabra cola viene del latín vulgar *coda* y este a su vez de *cauda*, que significa rabo. Según explica la Real Academia Española, dentro de sus acepciones se encuentra, por la sección de zoología: prolongación de la columna vertebral de los animales que forma un apéndice en la parte posterior de su cuerpo. Y por la vertiente que nos compete: serie de personas puestas una detrás de la otra, esperando turno.

En nuestro país, una parte de la población le atribuye este trabajo a los abuelitos, quienes tienen más tiempo y paciencia para tales escenarios; sin embargo, todos, sin excepción, alguna que otra vez hemos enfrentado estas impredecibles esperas.

Los orígenes de la cola no están claros; se piensa que se relacionan con el desarrollo urbano e industrial, con la migración del campo a la ciudad y con la profesionalización del comercio. En etapas de posguerras fue una de las formas que encontraron los gobiernos para controlar la situación y a la gente, en momentos de incertidumbre.

Contrario a toda lógica, el cubano es el que más cola hace y el que menos cola sabe hacer. Cuando nos alistamos para la batalla, olvidamos todo a nuestro alrededor. Ocupamos las calles y aceras, obstruyendo el paso, hasta el punto de que los

transeúntes, choferes, ciclistas, reconocen como algo legal y normal el bulto en una esquina o en medio de la vía cerrando el paso, siempre con la justificación de que es una venta "a lo cubano".

También podemos encontrar millones de variantes para colarse, pues ese arte es tan milenario como la propia cola. Recuerdo que el truco de moda en mi escuela, de pequeño, era buscar algún conocido entre los primeros de la fila y lanzar una propuesta indecente: "si me cueles, te cuelo". Así lográbamos un buen puesto de la manera más "legal" posible.

Otro punto son los que trabajan con las colas; los que sin pensar en lo que les digan y con caras muy duras, pasan por encima de cualquiera a amistades, familiares, con el propósito de ayudarlos en las compras. También se encuentran los "coladores formales u oficiales", o sea, aquellos que conocen a los dependientes y presumen de aparente libertad para entrar o salir del local porque tienen "inmunidad de venta".

Les siguen los "extraviados", esos que sin darse cuenta llegan al tumulto, se introducen a realizar alguna preguntita sencilla y de paso se quedan y resuelven otro problema frente a los ojos asombrados de quienes llevan varias horas esperando su turno.

En esas largas esperas, uno se instruye. Usted se entera de lo último del barrio, de las nuevas noticias que circulan por la ciudad, incluso hace amistades, sin descartar que es muy fácil que una persona, por arte de magia y sin decirle una sola palabra, se convierta en su enemigo, con el simple hecho de comprar cuando no le toca.

Hay reglas no escritas en las filas. Por suerte, aún se cumple en la mayoría aquella de que las embarazadas y los impedidos físicos tienen prioridad. Pero otra "norma" es que una misma persona pue-

de marcar por su vecina, hermana, primo, sobrino... por todo el árbol genealógico, lo que trae consigo las "colas trampas". Son aquellas en las que no percibes a casi nadie, aparentemente están "frescas", pero cuando preguntas o dan la orden de venta, aparecen cientos que, dicen, llevaban rato, incluso la noche completa.

Están los que hacen de las colas un negocio. Estos "profesionales" les sacan provecho a lugares de mucha congestión y venden supuestos números con privilegios de ubicación. Aquí el riesgo está en que a veces el número sale más caro que el trámite a realizar.

Una de mis partes favoritas en estas "batallas" es cuando preguntamos el último; nunca sabes con qué fenómeno te encontrarás. Y por supuesto, existen las colas silenciosas, esas en las que el último desapareció, se fue sin decir o dejar rastro. Lo contrario a estas son las "clonadas", en las que te topas con varios "últimos".

La otra es la "cola múltiple", dividida según el trámite u objeto a comprar, y con el riesgo de que a la llegada de cualquier funcionario del lugar, cambie el orden sin explicación o incluso mande a unirlas, originando otros fenómenos mucho más intensos y peligrosos.

Todo esto sin contar que luego de haber pasado tus buenos tres cuartos de hora haciendo fila para recoger un impreso, comprar o echar un paquete al correo, la ventanilla se cierre de repente o se acabe el producto. Nunca sabes el porqué, es un misterio para el que únicamente la administración tiene respuesta, y esa, o ese, casi nunca está.



Posiblemente el giro más extraño y llamativo que se haya producido en la cultura de hacer cola sea el de esperar por algo como símbolo de estatus. Me sorprende mucho ver cómo la gente alaba un determinado restaurante diciendo que "siempre hay cola". El tumulto, en vez de perjudicar la popularidad de un establecimiento, lo hace aún más atractivo.

Estrés, aburrimiento, dolor en los pies... todo esto puedes sentir mientras esperas. Aun así, nada de lo que mencioné se compara con la enorme sensación de pérdida de tiempo, pues en una fila no eres dueño de tu tiempo, aunque sí de tus acciones. Las colas seguirán, solo nos queda mejorar nosotros.